

PEQUEÑAS BIOGRAFÍAS

MARTA ABREU,
PATRIOTA Y BENEFACTORA

Por SALVADOR BUENO

EN la historia de nuestro país existen figuras próceres que alcanzan luminosidad impar, una suerte de prestancia insólita, de singular relieve que las distingue y encumbra sobre otras personalidades cimieras. Es que han sabido alcanzar las dimensiones más altas de lo humano a través de particulares senderos, humildes y cotidianos, por los menesteres sencillos y familiares de la ternura y la caridad, donde parece que el vuelo heroico está prohibido, ya que el heroísmo se oculta tras la apariencia moderada. No otra cosa otorga talla superior, nivel señero a la figura excelsa de Marta Abreu, mujer de riquezas imponderables en lo material, poseedora ante todo de inmensos méritos y virtudes en los dominios del espíritu.

Nació en cuna rica y bien dispuesta, en una ciudad interior de la Isla (Santa Clara), que hoy ostenta con honra ser apellidada la "Ciudad de Marta". Era el trece de noviembre de 1845. María de los Angeles le pusieron en la pila bautismal. Era opulenta y acaudalada, rica y poderosa la familia de don Pedro Nolasco Abreu. Tres hijas tuvo el matrimonio: Rosa, Marta y Rosalía. Las tres recibieron la educación propia de la época, que no concedía mucha importancia al intelecto de la mujer. Se ignora quiénes fueron los maestros de Marta y de sus hermanas. Crecieron bajo la mirada prócer de sus padres, y de ellos heredaron aquel sentido de la medida y aquel sentido del buen sentido que sería derrotero y rumbo de la vida de Marta, la patriota y benefactora.

Los viajes le iban a dar eficaz aleccionamiento, visión del mundo y módulos adecuados para juzgar los acontecimientos y las personas. Conoció en sucesivos periplos a los Estados Unidos y a Europa. Pero los mejores ejemplos los recibió del modo y las maneras con que su padre y su madre ejercían suave protectorado, una reposada caridad sobre su ciudad y sus vecinos. Muy rica era su madre, doña Rosalía Arenceibia; mucho, el capital que don Pedro Nolasco incorporó al patrimonio familiar. Ambos gustaban de ejercer la caridad, pero de un modo que la despojaba de toda soberbia y lucimiento. La limosna era para ellos no una forma de someter al necesitado, sino de paliar sus dolores y ayudarle a soportar sus desdichas. La hija, esta Marta ejemplar, iba a llevar a zonas aun más altas la actuación benéfica de estos dignos padres.

Tenía Marta Abreu los veinte y nueve años de edad cuando contrajo matrimonio con don Luis Estévez y Romero, en 1875. Era él de familia humilde, pero había ido con el esfuerzo de su dedicación y de sus talentos ganando nombradía como abogado. Era hombre de gallarda estampa, de mucha simpatía. Iba a dirigir más tarde la Biblioteca

de la Universidad de La Habana, y en 1881 fué designado, por concurso, catedrático auxiliar de su Facultad de Derecho. Algunos años de lucha y de dolor tendrían que pasar hasta que fuera elegido por la libre voluntad de su pueblo vicepresidente de la República independiente.

A lo largo de sus años adultos, Marta Abreu sembraba los frutos de su ánimo generoso, de su mano desprendida, en favor y en beneficio de su ciudad amada. Era la verdadera precursora de

lo que hoy llamamos Servicio o Asistencia Social. Una cabal actitud de asistencia y de servicio a lo social, no la limosna individual que nada resuelve, era el horizonte que señaló a su existencia esta honorable mujer. Sus obras de caridad venían a resolver problemas colectivos, necesidades de su comunidad, que sólo una personalidad de su estirpe podía resolver adecuadamente. Esta labor de benefactora tenía, pues, como meta, no el remedio de casos individuales, como tantas damas hacen, sino el poder dar caminos de superación a su ciudad natal y al país de su nacimiento.

La primera obra de beneficio público creada por Marta Abreu fué el Colegio que en homenaje y memoria de su padre se llamó *San Pedro Nolasco*. Su fundación la había dispuesto el padre en su testamento. El 31 de enero de 1882 quedó inaugurada esta institución. Y pronto la siguieron otras. Fundó poco después el Colegio de *Santa Rosalía* para niños y niñas pobres. Así quedaba iniciada una empresa generosa que le llevaría toda la vida, que estaría plenamente identificada con su misma existencia.

Catálogo interminable sería anotar todos los beneficios que la generosidad de Marta Abreu concedió a Santa Clara. Señalemos el obelisco levantado a la memoria de los presbíteros Martín de Conyedo y Francisco Hurtado de Mendoza, en el Parque Vidal. Más tarde propició la construcción del gran teatro *La Caridad*, que serviría para sostener el Asilo de Ancianos, otra de las instituciones fundadas por ella. Pensando siempre en todo lo que pudiera beneficiar a su ciudad propugnó el establecimiento de una estación meteorológica, para salvaguardarla de los peligros de ciclones, y años después la dotó de una planta eléctrica y de una fábrica de gas. Nada olvidaba su generosidad, nada quedaba fuera de su ancho afán de compasión.

Ni la patria quedaría fuera de su amparo. Por eso fué patriota ilustre, además de benefactora bien amada. Corrían los años recios, empeñosos y combativos de la última guerra de independencia. Marta, allá en tierras europeas, acompañada de su esposo, siente la nostalgia de su tierra, y tiene la sensación que nuevos deberes se abren ante su voluntad. En París, desde los primeros tiempos de la nueva guerra, forma parte del "Comité de Auxilios", fundado a instancias de don Tomás Estrada Palma. Allí está Marta junto al doctor Ramón E. Betances. La ilustre villaclareña sabe cuál es su deber cubano, y aporta cuanto puede para divulgar los ideales

de la Revolución y para enviar recursos a la manigua.

Gracias a las severas investigaciones del doctor José Manuel Pérez Cabrera, nuestro erudito historiador, sabemos exactamente la aportación monetaria de Marta Abreu a la revolución del 95. Suma más de \$120,000, cantidad grande para la época, a la cual hay que añadir otras contribuciones diversas que elevarían mucho más esa cifra. Esos auxilios a la Revolución sirvieron no sólo para mantener enérgicamente la empresa heroica de la invasión y de las expediciones, sino para ayudar a los deportados de Ceuta y Chafarinas.

Pero hay en la vida de Marta Abreu algunos indicios de su mucha perspicacia patriótica, de su capacitación histórica. Porque en la extensa correspondencia que esta mujer sostuvo con don Tomás Estrada Palma, donde podemos ponernos en contacto con su ferviente patriotismo, hay un dato de un interés extraordinario. Estas cartas, estos aportes estaban suscritos con el seudónimo *Ignacio Agramonte*. ¡Quiérese mayor demostración de que Marta sentía la guerra de independencia como una sola empresa histórica, en la cual los héroes sobrevivían, mantenían la llama del ideal revolucionario! Ella firmaba *Ignacio Agramonte* y era algo así como si el gran guerrero camagüeyano continuara desde las sombras de la muerte luchando por la libertad.

Cuando la República se asomaba en el horizonte de la historia Marta Abreu y Luis Estévez regresaron a la patria libre. Rafael Marquina, biógrafo gentil de la ilustre benefactora, ha recordado el júbilo de Santa Clara al recibir el 19 de marzo de 1901 a aquella que había hecho donación de su vida y de su fortuna a la ciudad natal. No era para menos. Santa Clara era marco adecuado, peana propicia a la singularidad de aquella mujer.

En el primer gobierno de la República su esposo, don Luis Estévez y Romero, fué elegido vicepresidente. La nación sentíase embargada de entusiasmos, grávida de optimismos, a pesar de las nubes sombrías que presidían su nacimiento. Marta Abreu continuó su vida callada y serena, generosa. Visitaba de nuevo tierras europeas cuando le sobrevino la muerte en París, el 2 de enero de 1909. No habían pasado dos meses de su fallecimiento cuando su esposo quiso voluntariamente seguirla. El suicidio de Luis Estévez cerraba como en homenaje la estela luminosa y ferviente de la existencia de esta mujer excepcional. Once años después, en febrero de 1920, ambos cadáveres fueron traídos a Cuba y enterrados en el Cementerio de Colón.

(Vea en el próximo número la biografía de "Lord Byron, el poeta resentido").

8800088

IP
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

BOLETIN DE HISTORIA DE LA HABANA
Feb 22/53